

PINOCHO

AÑO VII
NUM. 341

25 cts

30 AGOSTO
1931



- ¡PERO OYE! ¿HAS PERDIDO LOS DIENTES?
- ¡NO; LOS TENGO EN EL BOLSILLO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL CORSARIO DEL RIO ROJO

Por
E. SALGARI



(Continuación)

De la costa poblada de hermosa arboleda llegaban deliciosos perfumes en tanto que una ligera brisa soplab a lo largo difumando las bocanadas de humo de nuestros cigarrillos.

Yo, pensando en lo extraño de aquella aventura, permanecía silencioso.

Una vaga inquietud me preocupaba, pues no tenía confianza grande en aquel mandarín con quien sólo me ligaban unas horas de relaciones.

Comenzó a invadirme la sospecha de que fuese un compañero del terrible corsario y que se había aprovechado de mi curiosidad para hacerme caer en una emboscada.

De pronto la voz del mandarín me sacó de mis reflexiones.

—¿Queréis conocer la historia de Sinkio?— preguntó —. Tengo ahora tiempo suficiente para contárosla si estáis dispuesto a escucharme.

Aunque me pareciese el momento poco propicio por la inquietud que me atormentaba, vencido al fin por mi eterna e invencible curiosidad

por toda aventura extraordinaria, respondí que le oiría con placer.

—La mayoría de la gente cree que Sinkio es un pirata vulgar—me dijo el mandarín—más en realidad no es más que un vengador, las autoridades francesas saben esto y por ello no han intentado jamás dar caza a sus naves, aunque con harta frecuencia aparecen por nuestras costas.

Sinkio ha hecho temblar a todos los chinos que habitan en el Tonkín pero no ha tocado jamás ni un cabello a un tonquinés y menos aún a un europeo. Os contaré su historia.

Hace unos diez años el gobierno chino prohibió la introducción en sus fronteras del opio, esa terrible droga narcótica que en poco tiempo arruina la salud del hombre más robusto si se acostumbra a fumarlo.

En aquel tiempo Sinkio no era más que un

honrado capitán de marina que con su barco traficaba entre China y Japón, llevando opio precisamente.

Arruinado en su tráfico por el edicto del Gobierno chino se hizo contrabandista. A despecho de la prohibición cargaba opio en Yokohama y lo transportaba a los puertos de China.

Un mandarín militar, antiguo pirata que fué elevado hasta aquel cargo, quizá por sus bribo-nadas, juró capturar al audaz contrabandista y hacerle sufrir horribles tormentos.

Una noche obscurísima, informado de que Sinkio iba a desembarcar en Cantón un carga-mento de opio fué a esperarle a la desemboca-dura del Río de las Perlas con dos grandes navíos y apenas divisó el buque del contraban-dista le atacó con furor.

Sinkio tenía a bordo hombres valerosos y resueltos. Aceptó la batalla, hundió a cañonazos uno de los dos barcos enemigos y llegó a coger prisionero al mandarín.

Cualquiera otro en su lugar se hubiera apre-surado a ahorcarle o por lo menos a atarle una bola a los pies y arrojarle al agua.

Pero Sinkio es tan caballero como valiente.

Hizo jurar al mandarín que le dejaría tran-quilo sin mezclarse en sus negocios y le des-embarcó sano y salvo en la costa.

Mas si con tal generosidad había obrado Sinkio no hizo igual el mandarín, éste des-embarcó enfurecido por haber sido vencido por el contrabandista.

Olvidando el juramento hecho apenas llegó a

Cantón mandó aprisionar o decapitar a los hombres que le habían conducido hasta allí después de someterlos a horribles tormentos; además, sabiendo donde se hallaban la esposa y los hijos del contrabandista los mandó ahorcar en el faro de Bocatigris a fin de que Sinkio pu-diese verlos apenas llegase allí, prohibiendo a todo el mundo que descolgasen sus cadáveres de aquel lugar.

Aquella fué la respuesta que dió a su inopor-tuna generosidad.

Entre Sinkio y el mandarín quedó declarada una guerra sin cuartei.

El contrabandista armó un nuevo navío que tripuló con gente que nada tenía que perder y declaró con audacia increíble la guerra a todo el Imperio chino.

Eran sesenta hombres contra trescientos cin-cuenta millones; sin embargo, Sinkio hacía fren-te a todos los barcos de guerra que iban a capturarle.

Con fugas fulminantes rehuía los combates demasiados peligrosos o caía como un rayo sobre los pueblos de la costa indefensos para destruirlos, sembrando dondequiera la desola-ción; cuando ya se consideró bastante vengado dejó los mares de la China y acudió al Tonkín.

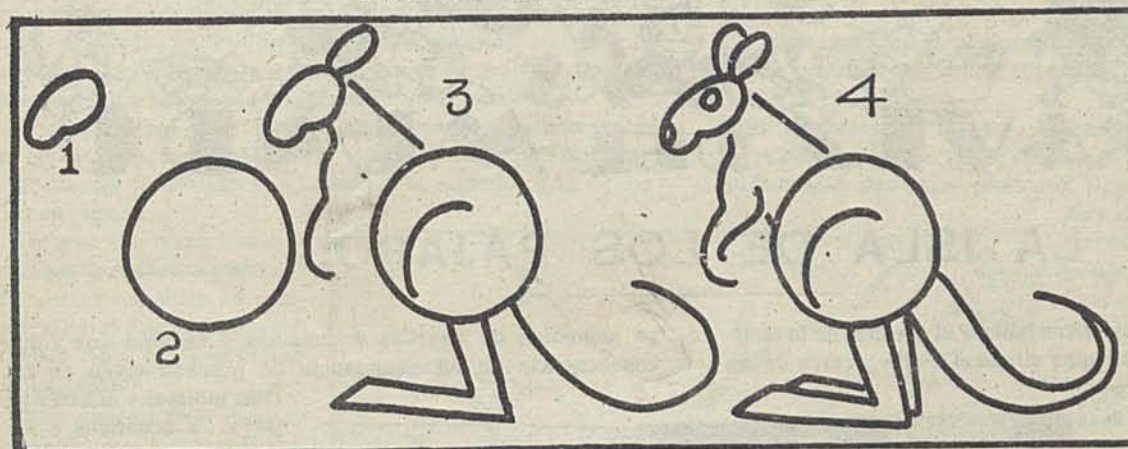
Tan sólo un hombre se acordaba ya de él: el mandarín.

Había jurado vengarse de aquella súbita de-rrota y mantuvo su palabra. Supo que Sinkio estaba refugiado en una pequeña bahía de esta

(Continuará en el próximo número.)



TODOS DIBUJANTES

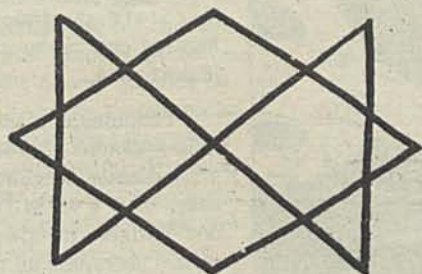


Un canguro sale hoy a nuestro encuentro para servirnos de modelo en nuestras lecciones de dibujo.

Aunque os parezca difícil copiar su figura no lo es, pinochistas incansables, pero por si acaso no creyerais en mis palabras y se os antojara arduo lo que es francamente sencillo, adjunto os indico el procedimiento para salir airosamente del atolladero.

LOS FATÍDICOS NÚMEROS

UN DIBUJO ORIGINAL



Se trata de que copíeis el dibujo que aquí os presento pero la copia la tenéis que hacer de un tirón, sin levantar el lápiz del papel y sin pasar dos veces por el mismo sitio.

Más abajo tenéis la solución de este pequeño problema pero no lo miréis hasta que por vuestros propios medios no lo podáis averiguar.



Los números siempre han servido para calentarnos la cabeza y para llenarnos de preocupaciones.

Ha habido días en que nuestro cráneo a la hora del sueño estaba verdaderamente hecho un bombo.

Sin embargo, los números no sirven solamente para acarrear preocupaciones, no.

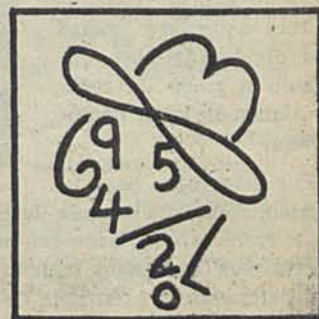
Sirven también para otras cosas más divertidas.

Por ejemplo: para dibujar caras y cabezas.

Muestra de lo que digo son esos bellos perfiles, que engalanan estas columnas.

Los dos están hechos con números sabiamente combinados.

Aprended a hacerlos de memoria y así podréis asombrar a vuestros amiguitos.





LA ISLA DE LOS PÁJAROS

En estos momentos históricos hállase el aerobús de la familia pinochista sobre unas islas situadas frente y cerca de las costas del Perú, que además de conocerse con el nombre de «Islas de los Pájaros» se las designa también con el de «Islas del Guano».

Tiene el buho la palabra y todos, según costumbre están silenciosos y pendiente de su charla.

—Estas islas — dice — estuvieron unidas al continente americano en tiempos no muy remotos, pero violentos fenómenos geológicos las separaron de él.

Y no termina aquí el designio de estas islas, pues indudablemente están condenadas a desaparecer del todo ya que los temporales en aquella región son violentísimos y las olas que han ido socavando las acantiladas costas acabarán por hundirlas bajo las aguas.

Ya algunas de ellas presentan enormes grietas por donde las olas, entrando a modo de cuña, prosiguen su labor demolidora.

Por estas islas pasa la corriente oceánica llamada de Humboldt, cuyas aguas por su tibia temperatura, favorecen el desarrollo de multitud de organismos como algas, moluscos, caracolas, etc. y esto a su vez determina la existencia de un sinnúmero de peces que

se alimentan de aquellos organismos y he aquí que como consecuencia de tal abundancia de pescado viven en las

islas millares y millares de pájaros acuáticos a los que tampoco les faltan los enemigos de focas y leones marinos.

—¡Es fenomenal todo eso que pasa en las «Islas de los pájaros»! —dijo don Turulato atusándose los bigotes con cierto aire de importancia.

—Fenomenal y alimenticio — añadió Corretón—. Ya podíamos descender en estas islas a ver si Teclita nos variaba un poco el menú; ¡llevamos un mes y diecisiete días sin comer otra cosa que sopas de ajo!

—¡Hablas como un alta voz! —dijo el Inspector—. Parece mentira que con esas barbas tengas un talento tan brillante.

Pero Teclita, que no tolera alusiones de Corretón disparó desde la ventana de la cocina un proyectil que vino a estrellarse en el ojo izquierdo del descontento capitán. ¡Gracias a que el proyectil, como era de tomate, no causó más daños que el



natural susto!

Pasó el incidentillo y prosiguió el sabio buho:

—La acción de la corriente de Humboldt no se limita solamente a favorecer esta multiplicación de la fauna marina, sino



que la temperatura de sus aguas se opone a la condensación del vapor atmosférico y como consecuencia natural de esto no llueve jamás en estos parajes circunstancia por la cual el guano procedente de los pájaros y peces que se descomponen como sobrantes de la alimentación de aquéllos, no se lava nunca con las lluvias y conserva, a través de los siglos, todos los elementos químicos que entran en su composición.

Los Incas, que os debe recordar alcanzaron un alto grado de civilización, descubrieron ya en este guano propiedades de una eficacia fertilizadora inmensamente superior a la de los demás guanos.

Débase este valor a la manera particularísima como sus elementos químicos se combinan en el laboratorio, que, en este caso, es el estómago de los pájaros.

Esta composición química es mucho más fácilmente asimilada por las plantas que otra alguna, y por esto, las tierras que se abonan con este guano dan cosechas ubérrimas.

Para dar una idea de su valor fertilizante os diré que es treinta veces superior al del mejor abono químico conocido. Gracias a este maravilloso guano los Incas pudieron transformar en tierras de excelente fertilidad los vastos territorios que habitaban, que eran absolutamente áridos. Y llegaron a establecer cultivos hasta en terrenos de más de cuatro mil metros de altitud en el macizo montañoso de los Andes.

Con la conquista del Perú por los españoles, triste es reconocer que la agricultura peruana descendió notablemente y el empleo del precioso producto pasó a ser casi un recuerdo del pasado.

En 1840 volvió a sacarse utilidad de estas riquezas olvidadas, y fueron los Estados Unidos los que, dándose cuenta del poder extraordinario de este abono tomaron medidas encaminadas a explotar su utilidad y las islas se vieron bien pronto invadidas por una legión de veleros que llenaron sus bodegas con el rico producto.

¡Desde 1851 a 1872 se exportaron a Europa más de diez millones de toneladas!

Todas las islas estaban cubiertas por una capa de guano

que con los siglos llegó a alcanzar varios centenares de metros de espesor.

La operación de recolectar el guano fué bien sencilla; bastaron unos cientos de chinos provistos de palas para llenar las naves.

En la actualidad la explotación del guano está sometida a reglas estrictas algunas de las cuales merecen por su curiosidad, que os las relate.

Antiguamente se mataba gran cantidad de pájaros productores del guano mezclando sus restos y los huevos que había en los nidos con aquel producto. Hoy, no solo se respeta la

vida de las aves, sino que al recolección del guano se suspende durante la época de incubación.

El guano se recoge empezando por una isla, al objeto de que sus habitantes alados pasen a otra con el menor número de molestias, y en las islas de mayor extensión se reserva un espacio para que las aves, durante la recolección no tengan que trasladarse de la isla donde habitualmente viven.

Gracias a estos cuidados los pájaros se multiplican extraordinariamente y la producción del guano es cada vez más rica.

En el último año llegaron a extraerse cien mil toneladas de este producto de las que dos terceras partes se quedan en el Perú para el abono de sus tierras y el resto lo absorbe la exportación.

Los pájaros «guaneros» pertenecen a cuatro distintas especies y todos tienen las alas, el lomo y la cabeza negros y brillantes y el pecho y vientre blancos como la nieve. Tanto en el aspecto como en el modo de andar se parecen extraordinariamente a los pigüinos o pájaros bobos.

Viven en compactas colonias y cuando remontan el

vuelo llegan a nublar el sol.

Otras veces vuelan formando una hilera de uno en uno constituyendo una cadena de interminables eslabones.

Al llegar la charla a este punto se oyó la estentórea voz de Tecla que gritaba: ¡Señoras y señores! ¡Las sopas de ajo os esperan en la mesa! y los viajeros del aerobús se encaminan al comedor donde humeaba un gran caldero.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



HOY NO SALIMOS PORQUE ESTÁ LLOVIENDO A CANTAROS.
¡A ESTUDIAR!
¡A ESTUDIAR!



¡TENGO UNA SUERTE MÁS NEGRA!

¡SE DURMIÓ! ¡NO HAGAI RUIDO PARA QUE NO SE DESPIERTE!

BZZZZ



HACED EL FAVOR DE NO HACER RUIDO QUE ME TRAIGO UNA COMBINACION QUE OS VAIS A QUEDAR BIZCOS



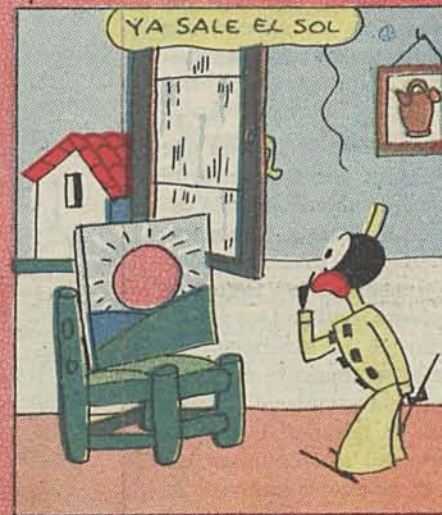
¡SILENCIO! ¡MUCHO SILENCIO!
¡QUE NO SE DESPIERTE DON TURU HASTA QUE YO DIGA!



AHORA VAIS A VER LOS PINOCHISTAS QUIEN SOY YO CON LOS PINCELES EN LA MANO. PERO CUIDADITO CON HACER RUIDO PORQUE AL QUE DESPIERTE A DON TURU LE DOY UN CAPÓN



YA SALE EL SOL



YA SE VA POQUITO A POCO



YA SE FUE.
AHORA A DESPERTAR A DON TURU



ESTOY ESCAMADÍSIMO, CURRINCHE. HACE UN MINUTO DILUVIABA Y AHORA MIRA QUE SOL. ¿NOTE EXTRAÑA?



A UN SERVIDOR NI PIZZA

COLORÍN A SU PANDILLA



DDV KATITE



CUENTOS DE CALLEJA

Casilla

CNIS...TOSO

Un niño llamado Carlos tenía el mote de *Pudrecolchones*, a causa de cierto vicio nocturno que le valía de vez en cuando unos azotes del papá. Al verle manar tanta agua de su cuerpo, todos los vecinos dieron en decir que aquel muchacho, que tanto líquido bebía y tanto rezumaba, tenía que ser marino o tabernero.

Siendo ya el nene crecidity (tendría lo menos ocho años), salió a jugar a las afueras del pueblo, cuando oyó partir de entre unas matas varios ayes lastimeros.

Se acercó al sitio de donde salían los quejidos y encontró un precioso conejo, que lloraba a lágrima viva.

—¿Qué te pasa, conejito?—dijo Carlos, que pensaba echarle mano y llevarlo a casa para comérselo frito.

—Que soy muy rico, pero muy desgraciado. Si quieres ayudarme, toma este bolsillo y compra un barco nuevo, contrata seis marineros y un piloto, y después mandas hacer una caja de ébano, forrada por dentro de algodón en rama, y vienes a buscarme.

Al decir esto sacó de debajo de una manta un bolso lleno de oro y se lo entregó al muchacho, el cual no sabía lo que le pasaba.

Fué el muchacho al puerto y compró una barca nueva, contrató un piloto y seis marineros, y mandó hacer la caja que el conejito le había encargado. Cuando estuvo concluida volvió al sitio en que primero lo encontrara, y le dijo:

—Conejito, ya está hecho lo que me pediste y aquí la caja que encargué.

—Bueno—exclamó el conejo—; méteme en ella y llévame al barco. Compra luego comida para seis meses, y dos cañones con su pólvora y balas correspondientes.

Así lo hizo Carlos, y las provisiones llenaron por completo la bodega del buque, y dos cañoncitos lo defendían, uno a proa y otro a popa.

Terminados ya los preparativos, Carlos preguntó al conejo qué debían hacer.

—Recoger el ancla y marchar siempre hacia la salida del sol.

Comunicó Carlos sus órdenes al piloto, y al momento el buque comenzó a moverse hacia el Oriente, marchando luego con gran rapidez con todas las velas desplegadas.

Al día siguiente abrió de nuevo Carlos la cajita y preguntó al conejo:

—¿Qué te parece que debemos hacer ahora?

A lo cual respondió el misterioso animalito:

—Recoge las velas y que todos los tripulantes se metan en la bodega, porque va a haber una furiosa tempestad.

Cuando Carlos dió sus órdenes al piloto, éste, que no veía ninguna nube en el cielo, obedeció a regañadientes; pero aquella noche se levantaron olas como montañas y reinó un viento tan fuerte, que si las velas hubieran estado desplegadas, de fijo se hundió el barco.

A los pocos días dijo el conejito:

—Dile al piloto que si esta noche ve tierra, no haga caso y siga adelante, sin miedo a encallar.

Así lo dijo Carlos, y como ya el piloto creía que el niño sabía de las cosas de la mar más que un lobo marino, siguió el consejo al pie de la letra, y vió que lo que a él le pareció

tierra eran unas nubes muy negras que tocaban el agua y que los dejaron a oscuras dos días, hasta que al tercero vieron de nuevo la luz del sol. Por fin, al cabo de una semana, llegaron a una hermosa bahía, en cuya orilla se veía un soberbio castillo.

El conejo dijo a Carlos:

—Que anclen en el centro de la bahía y que un marinero muy formal quede de guardia esta noche. A las once vendrán unas brujas y brujos que preguntarán al que encuentren; pero si éste habla estamos perdidos. A las doce toca esta corneta, y verás cómo los huéspedes molestos se marchan. Sobre todo, escondedme, pues es a mí a quien buscan.

Aquella noche, en efecto, al ser las once se acercó un barco lleno de brujos y brujas, que echaban llamas





por los ojos, y subieron al buque. Se acercaron al marinero que estaba de guardia y le preguntaron muchas cosas; pero él no contestó palabra, porque estaba dormido como un tronco.

Al dar las doce tocó Carlos la corneta que le dió el conejito, y los brujos y brujas se marcharon dando feroces alaridos.

Al día siguiente dijo el conejo:

—Manda al marinero más valiente que vaya en un bote a tierra y que entre en el palacio donde vive el hada terrible; pero que la lleve este pastel, y cuando ella no lo note, coja una cajita negra que tiene encima de la chimenea.

Un marinero llamado Telmo se ofreció a ir, y en unos cuantos golpes de remo llegó al pie del palacio. Subió a éste y encontró a la vieja hechicera, que al verle le dijo, echando llamas por los ojos:

—¡Ahora mismo te voy a comer!

—No seas tonta—dijo Telmo—; yo tengo la carne muy dura, y se te podrían caer los dientes, si los tuvieras. Cómete este papel, y dame en cambio un vaso de vino.

Al ver el pastelillo, la bruja le clavó las uñas y se lo comió, y muy contenta dijo al marinero:

—Espera, que voy a darte un vaso de vino.

Pero apenas volvió la espalda, cogió el marinero la cajita negra que había sobre la chimenea y salió corriendo hacia su bote.

La bruja, al verse burlada, salió detrás, y no pudiendo coger al marinero, le disparó un chorro de fuego que le abrasó la espalda, por lo cual el pobre daba grandes gritos de angustia y de dolor.

Cuando llegó al buque, preguntó Carlos:

—¿Traes la caja?

—Sí, señor—dijo Telmo—; pero también traigo más de mil ampollas en la espalda y no me puedo sentar.

Carlos se lo contó al conejo, y éste le entregó un frasco, diciéndole:

—Que se unte con esto las ampollas, y en el acto quedará curado.

Así sucedió. En cuanto se frotó con aquel líquido, las quemaduras se curaron inmediatamente.

Al otro día dijo el conejo:

—Otra vez hay

que volver al castillo y coger la sortija que tiene la bruja guardada en un cofrecito que está encima de la mesa.

El mismo marinero se ofreció a ir, y apenas desembarcó, la bruja se lo quiso comer.

—Tuno, pillote—decía—; devuélveme mi caja.

—Si yo no he venido nunca aquí. Tú me confundes con mi hermano. ¡Cómete este pastel y déjame en paz!

La bruja, que era muy golosa, se comió el dulce con avidez, y llena de entusiasmo dijo:

Espérate, que voy a obsequiarte con un vasito de vino.

Pero no había vuelto la espalda cuando el marinero agarró la cajita que había sobre la mesa y salió corriendo para su barco. La bruja no llegó a tiempo para detenerle; pero le tiró una piedra tan grande, que se abrió el bote, y Telmo cayó al agua.

Mas como el buque estaba cerca, el marinero, con el cofrecito sujeto en una mano y nadando con la otra, llegó adonde Carlos le esperaba.

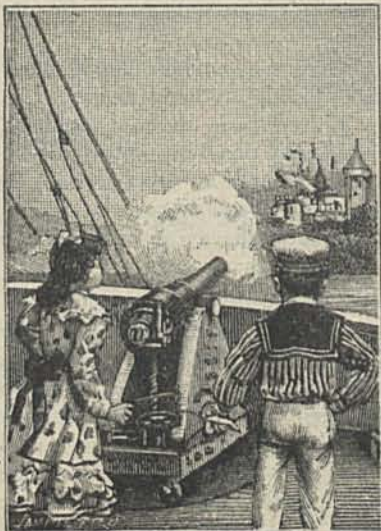
—¿Traes la sortija?—le preguntó.

—Como no había tiempo que perder, he arramblado con cofrecillo y todo. Aquí está.

Y lo entregó a Carlos, el cual, encerrándose en su camarote, sacó la sortija y la entregó al conejo. En cuanto éste la cogió se convirtió en una preciosa niña de ocho años, magníficamente vestida.

—Yo soy, buen Carlitos—dijo la niña—, una Princesa a quien encantó esa bruja infame por haber hecho varias veces lo mismo que te ha valido a ti el mote de *Pudrecolchones*. Al principio llevé unos cuantos azotes; más como me escarmenté, vino esa bruja montada en una escoba vieja, y dándome con ella en las narices, me convirtió en conejo. Ahora hay que destruir a cañonazos la vivienda del hada, porque si no nos mataría.

Apuntó la niña el cañón de proa, y del primer disparo se hundió el palacio con estruendo. En seguida viró el buque y los llevó al país de la Princesa, cuyos padres, los Reyes del Quinquini, le colmaron de agasajos.



FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curiosísimo Chonón ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero saber, amigo buho, si es cierto que existe una variedad de hormigas que se llama «hormiga agricultora».

—Tan ciertísimo como que tú te llamas Chonón.

—Pues entonces háblame de esa clase de hormigas. Mi curiosidad se encamina hoy a conocer pormenores de tales insectos.

—La hormiga agricultora es de gran tamaño y de color pardusco. Se la confunde con la tierra y el calificativo de «agricultora» lo merece porque los trabajos que desarrolla son muy parecidos a los de un agricultor. Es animal que revela una habilidad extraordinaria. Es inteligente e incansable, y lo que más llama la atención es el raro instinto que tiene para prevenirse contra todos los apuros y contrariedades que le ofrece la vida.

—Todas las hormigas, mi querido buho, me parecen sumamente previsoras. Ya sabes que durante los meses de calor dedican sus esfuerzos y energías a acaparar provisiones para el crudo invierno.

—Es cierto, pero en la hormiga agricultora estas medidas de previsión se acentúan más. Después que ha elegido sitio para construir su vivienda y el depósito de víveres, practica en el suelo un agujero que rodea de un reborde terminado en un terraplén circular. Una vez hecha esta construcción, limpia el suelo perfectamente alrededor del terraplén, echa fuera todos los obstáculos, piedrecitas, hojas, ramas, etc. y alisa la superficie hasta una distancia de tres o cuatro pies por delante de la puerta de su vivienda, dando a este sitio el bonito aspecto de un limpio patio. En este patio planta una variedad de vegetales llamados gramíneas graníferas, que los cuida con gran esmero, mordiéndolos y demas vegetales que nazcan en el patio de su casita.

—Por lo que me dices será una especie de patio andaluz. Sólo le faltan las macetas para darle el verdadero carácter.

—Así es, en efecto. Las gramíneas así cultivadas crecen en abundancia y dan ricos productos y pequeñas simientes blancas semejantes a diminutos granos de arroz.

—La cosecha, ¿verdad amigo buho?

—Ni más, ni menos. Cuando el grano ha madurado lo recogen cuidadosamente las hormigas especializadas en estos trabajos y juntamente con las espigas los llevan al granero donde otras hormigas de la misma familia desgranar dichas espigas y forman montones con el grano.

Los desperdicios se arrojan fuera de los límites del patio.

Cuando llueve es cuando esta hormiga muestra un maravilloso instinto, pues para evitar que los granos, al contacto con la humedad, broten y se conviertan en plantas, los sacan al aire libre tan pronto sale el sol para que se sequen bien y no germinen. Una vez secos, los vuelven al granero, excepción hecha de aquellos que ya no son buenos.

—Les está, pues, admirablemente aplicado el calificativo de «agricultoras».

—Otra variedad de hormigas, que también es curiosa y merece que te hable de ella es la llamada «hormiga de visita

o mandioc» que es muy conocida en América del Sur. A esta hormiga se la teme mucho porque tiene la mala costumbre de arrancar las hojas de los árboles y hace casi imposible la agricultura en aquellas regiones donde se presenta en forma de legión.

Causan enormes destrozos en los naranjos. Las hormigas pequeñas suben al árbol y cada una elige una hoja cortando con sus maxilas, que son pequeñas sierras, un trozo de hoja del tamaño de una moneda de cinco céntimos; después coge el pedazo con sus tenazas lo arranca con fuerza y abandona el árbol llevándose entre sus dientes el trozo de hoja para depositarlo en el hormiguero.

Cuando caminan con el pedazo de la hoja levantado en alto ofrecen un aspecto muy particular y cómico pues parece que llevan una pequeña sombrilla, por lo cual también merecen el nombre de «hormigas de parasol».

Con estos trozos de hoja construyen las bóvedas de sus viviendas.

Estas hormigas tienen la pésima costumbre de visitar de noche los poblados e introducirse en las viviendas para buscar las substancias dulces que son las que más les agradan.

—Por eso se las llama entonces «hormigas de visita» ¿no es así?

—Exactamente. Y ya ves que la visita no puede ser más indeseable. Es animal que despliega mucha más actividad de noche que de día, y durante las horas del calor se dedica a descansar.

Los indios consideran a estas hormigas como una verdadera golosina; las comen con sal.

¡No pongas esa cara de repugnancia, mi querido Chonón!

—No lo puedo remediar amigo buho. Ya sé que vas a decirme que todo es cuestión de costumbre; que hay animales, como el cangrejo, el caracol, la ostra, el percebe, la angula etcétera, etc., que ofrecen un aspecto verdaderamente repulsivo y sin embargo los comemos sin la menor repugnancia.

—Por esto te he dicho otras veces que todo es cuestión de costumbre.

—Ya lo sé, pero como no estamos acostumbrados a comer hormigas... no puedo contener el gesto de repugnancia.

—En las excursiones de piratería que durante la noche realizan estas hormigas se organizan como un poderoso ejército. Al frente de ellas marcha siempre un jefe que hace de «general» y es el que puesto a la cabeza de la formación da la señal de avance, ordena las retiradas, avisa los peligros o manda el asalto a las despensas de las cocinas.

Cuando este «general» sucumbe o desaparece la tropa se dispersa en confusión, y acude en desordenado tropel a su hormiguero, celebran un consejo, que a veces dura varios días, y eligen un nuevo jefe, que, claro está, es siempre el individuo más fuerte de la agrupación. Mientras la elección de «general» no ha llegado a feliz término, no emprenden ninguna excursión de piratería, porque ellas, por sí solas, sin un «jefe» que las dirija, son incapaces de acometer semejante empresa.

—Curiosísimo, querido buho. ¡Qué maravilloso es el mundo de las hormigas!



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Siluetas.—J. Ordoqui



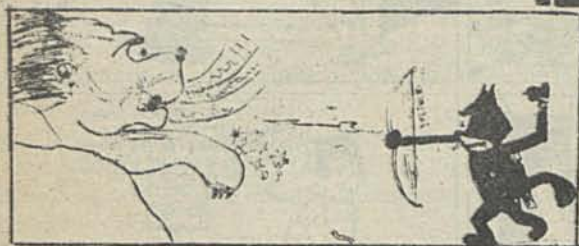
Mi tío Pepe
A. San Miguel



Chino
Ramón Carazo



Oliver Hardi
Pepe Carazo



Morronguis cazador. Paco Pino



Olé
F. de Pablos Rubio



Don Turu
Flor Baja



Pipa.—Carmen Allí



Morrongula
M.ª P. López



Guerrero
M. de la P.



La casita encantada
M.ª Rosa Llanes



Un soldado
F. Siegrist



Un guarda
María Sesma



Tecla
J. G. U.



Morronguis
Mitzl



Paco con el aupa
C. Comas



Un poco lacha
A. Masteyrin



Mi muñeco
T. Colmenero



Castillo
Ricardo de Zavala



Jockey.—Angel Prieto



Emblema de
contramaestre
Un desconocido



Laurel y Hardi
S. Ayala



Un trapero
A. San Miguel



Currinche
Juanius H.



Un barco.—Isidoro Sabaté



Un simón.—M.ª Pilar Sierra



Tecla
Carlos Alegre



Un enano
Anita Palomar



¿La conocía?—Yo mucho
María Acevedo



Caballo.—M. Ruiz



Guardia
F. Carmelo



Caracol.—Amparo



El ratón y el gato
María Sesma



Cochina
Simón Onellula



Codorniz
Anita Palomar

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL DESCUATIZAMIENTO



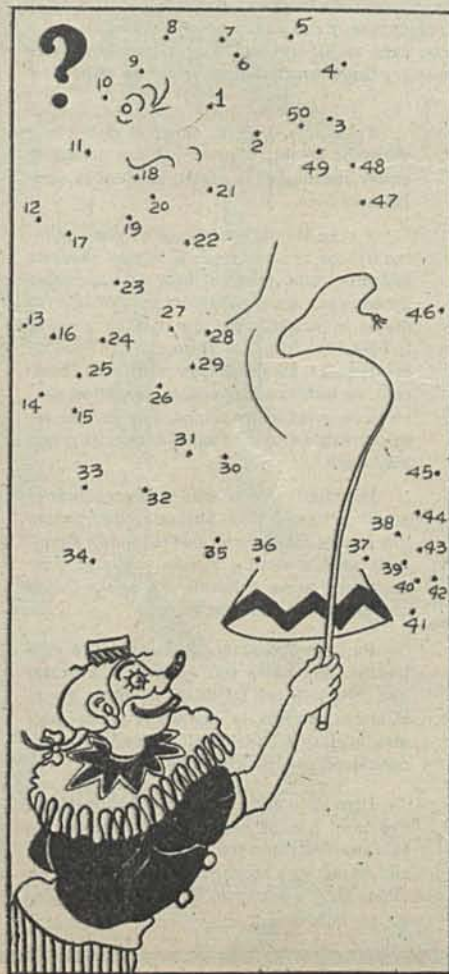
Un explorador canadiense tenía un caballo muy hermoso...

Un día que se enfadó con él cogió un cuchillo y lo partió en pedacitos.

Afortunadamente por allí andaba un hechicero o mago japonés que unió los pedazos y después de pegarlos con goma logró dar de nuevo vida al caballo.

¿Sabréis hacer vosotros lo mismo que el mago japonés?

EL ALEGRE RAMIREZ



Aquí tenéis otra

vez el alegre Ramírez, del que en el número pasado os conté algunas aventuras.

Si queréis averiguar lo que le induce a tener el látigo en la mano, coged un lápiz, unid los números con líneas, empezando en el 1 y

siguiendo el orden correspondiente y aparecerá ante vuestros ojos todo, diáfano y claro.

DIBUJO CON ERRORES



Aquí tenéis un dibujo hecho por don Epiceto, el gran amigo de don Turulato. Bonito dibujo, ¿verdad?

¡Que lástima que don Epiceto se haya equivocado nada menos que siete veces!

Una de las equivocaciones, sin duda, ha sido la de poner el agua del vaso torcida.

¿Podréis averiguar vosotros cuáles son las otras seis equivocaciones.



hablé el domingo pasado.

La princesa está triste ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.

Gugú se parece a aquella princesita en que si esta es princesa ella es



mes odioso entre todos porque supone el abandono de la casita de campo y la vuelta a Madrid.

¡Cómo! ¿Tan a disgusto se encuentra Gugú en Madrid? ¿Tan poco quiere a sus «amigas de invierno» que la apena volver a reunirse con ellas? ¿Y tan holgazana es que la molesta reanudar sus clases?

¡Nada de eso! Los demás años, por estas fechas, Gugú está tan encantada de volver a Madrid, como lo decía en julio de partir para el campo; sí, está siempre encantada de volver a encontrar en la casa de Madrid que si es menos risueña y graciosa que la de campo, es en cambio más amplia y confortable.

Y encantada de volver a reunirse con sus «amigas de invierno», con las que tiene menos ocasiones de divertirse que con las veraniegas, pero a las que quiere más y conoce más de antiguo (todo lo «antiguo» que una Pirulinda puede conocer a otra Pirulinda.)

En cuanto a las clases, os advierto que el estudio es lo que más la gusta... después del cine, y las natillas con bizcochos.

Pero este año Gugú está desesperada de separarse de la Pinta.

SECCIÓN PIRULINDA

Del saquito de Pirula... charlatana

LOS HUEVOS DE LA PINTA

Gugú se parece mucho a la princesita del famoso poema de Rubén Darío, «Sonatina» que es uno de los que más gusta de recitar Millita, de quien os

reina... de la casa, según le repite su madre cien veces al día, comiéndosela a besos, cuando no la dice—esto sin peso alguno—que es «de la piel del demonio.»

Y además se parece a aquella princesa también en que está triste y en que se escapan suspiros de su boca que, también es de fresa, pero que no ha perdido ni la risa, ni el color, pues está siempre bien coloradita y ríe en cuanto a Gugú se le olvida el motivo de su pena.

Esta pena es sencillamente causada porque finaliza el mes de Agosto lo cual significa que se acerca el de Septiembre,



La Pinta es una gallina; —na gallina pinta, naturalmente.

Una de las mayores diversiones de Gugú cuando está en el campo consiste en dar de comer a las gallinas; entra en el corral con un delantalito lleno de granos, llama con voccecita aguda «Titas», «Titas» y echa puñados de trigo, maíz y centeno a las gallinas que la rodean cacareando y empujándose unas a otras.

Desde el primer día, notó que una gallina permanecía apartada, porque sus compañeras no la dejaban aproximarse a tomar parte en el festín. ¿Por qué sería? O a Gugú se le ha olvidado preguntárselo a las gallinas o estas no se lo han querido decir; el caso es que Gugú no lo sabe.

Pero se lo figura; sospecha que las gallinas le tienen envidia a esa compañera suya, porque es más bonita que ninguna, toda ella dorada, como rubia y con pintitas blancas.

Y desde aquel momento, Gugú ha bautizado a la pobre paria, la Pinta y la ha tomado bajo su protección.

Le reserva a la Pinta un puñado de granos y ha resuelto no comer más huevos que los que pone la Pinta; afortunadamente no faltan pues la Pinta es una ponedora magnífica y siempre que Gugú se le acerca, se encuentra con un huevo hermoso y tibio.

(Sea dicho entre nosotras, yo creo que la Pinta no es tan buena ponedora como se cree Gugú, y que no todos los huevos que le encuentra son suyos, sino que, respetando la decisión de Gugú de no comer más huevos que los de la Pinta, y deseando que Gugú coma muchos huevos frescos, mamá ha imaginado el truco de... Pero ¡chiss! no nos vaya a oír Gugú.)

El caso es que Gugú se ha encariñado con la Pinta y está convencida de que la Pinta le devuelve su cariño, y pone los huevos para que ella se los coma y además la conoce y la mira con un afecto especial en sus ojillos negros y redondos que parecen dos botoncitos de azabache.

Y ¡ahora hay que separarse de su Pinta! Claro que Gugú ha insinuado la posibilidad de llevársela a Madrid, e instalarla en su cuarto y entreveando ya la divertidísima perspectiva de pasear a la gallina por el Paseo de Coches del Retiro, llevándola de una cinta rosa, y con un cascabelito al cuello.

Pero al oír esta ocurrencia, papá se ha apresurado a insinuar otra: ¡a de comerse a la Pinta con tomate, y Gugú asustadísima no se ha atrevido a insistir.

Total, que Gugú se separará de la Pinta por unos meses, pero no por eso dejará de comer huevos que la gustan mucho y la sientan muy bien.

Y si en Madrid los huevos no son—¡ay!—tan frescos como los que le regala ahora su amiga la Pinta, pues en lugar de comérselos pasados por agua, se los comerá de las otras diez o quince maneras que hay de preparar los huevos: fritos, al plato con un poco de mantequilla, escalfados, en tortilla a la francesa, en tortilla a la española, revueltos, etc., etcétera, y también cocidos, crudos, que resultan exquisitos con salsa bechamel o con mayonesa.

Por cierto que es muy fácil reconocer el grado de frescor de los huevos crudos, puesto que cuanto más frescos más redonda y abombada sale la yema y si esta sale algo deshecha, ¡entonces el huevo está menos fresco que un verano en Pozuelo.

Para reconocer si un huevo duro está fresco o no, basta con quitarle la cáscara, que debe salir con facilidad, mientras que si el huevo es viejo, la cáscara se parte. Además, la clara debe tener elasticidad y la yema debe desprenderse entera de la clara.

Pero es lo que dirá Gugú con un suspiro: Por muy frescos que sean los huevos, no serán nunca como los de la Pinta, ¡ay! que ella misma va a buscar al corral, vestida con alguno de los graciosos trajecitos de muselina que aquí veis.

